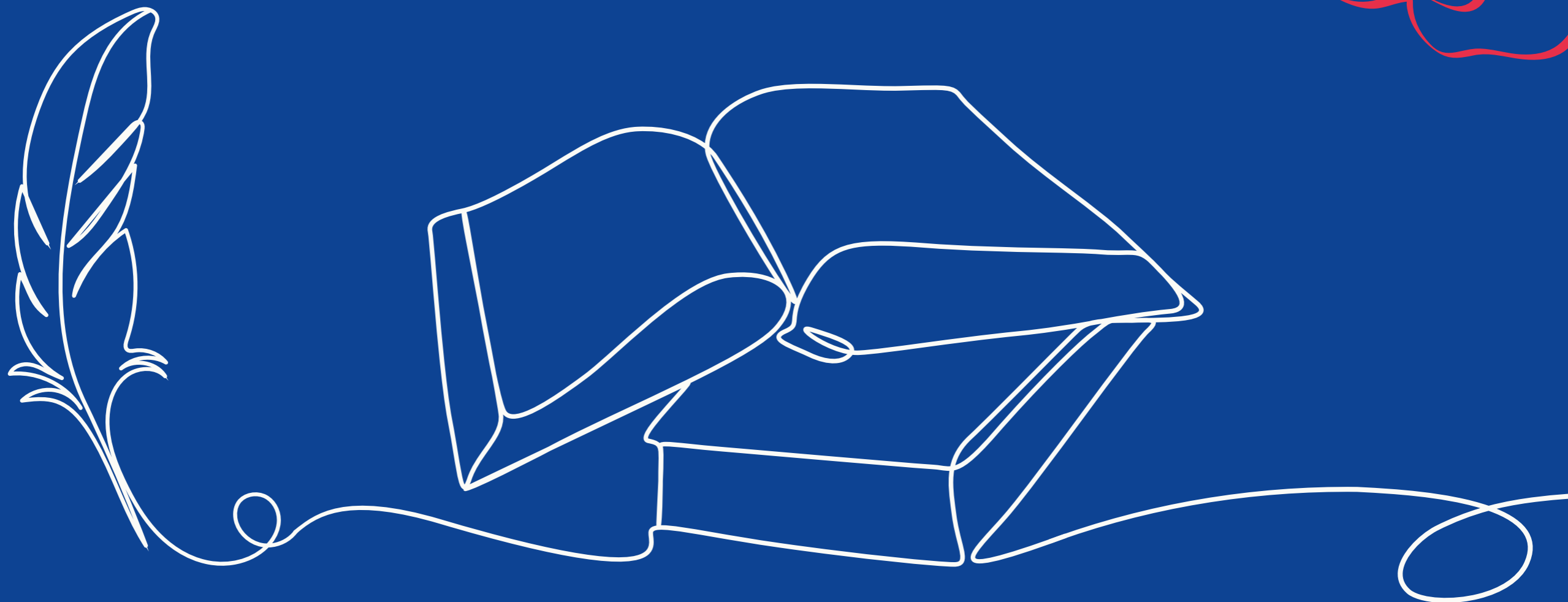
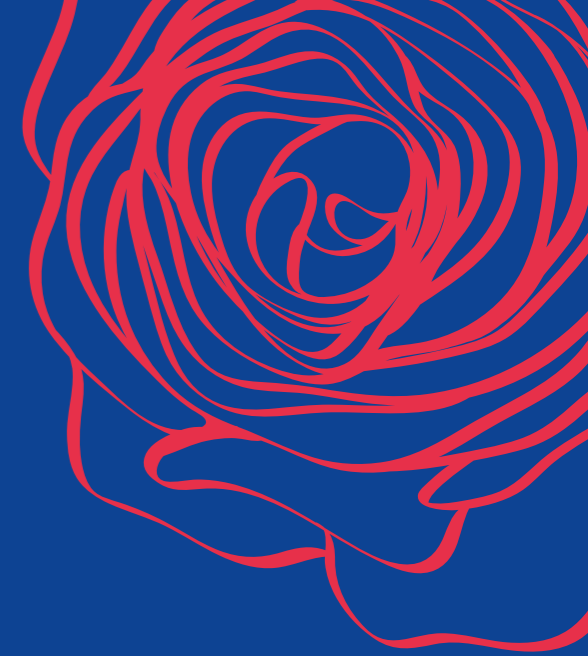


EUROSTARS  
HOTEL COMPANY



**Feliz Día del Libro**  
**2024**

¡Adéntrate en nuestro universo literario y disfruta de los mejores relatos ambientados en **Eurostars Hotel Company!**

[Ver relatos ▶](#)

# Introducción

## Concurso de Relatos Breves Eurostars Hotel Company

El **Concurso de Relatos Breves Eurostars Hotel Company** es una iniciativa que premia la creatividad literaria de nuestros huéspedes. En la última edición (la decimocuarta) participaron muchas historias diferentes con un denominador común: *la acción se desarrolla en un hotel*.

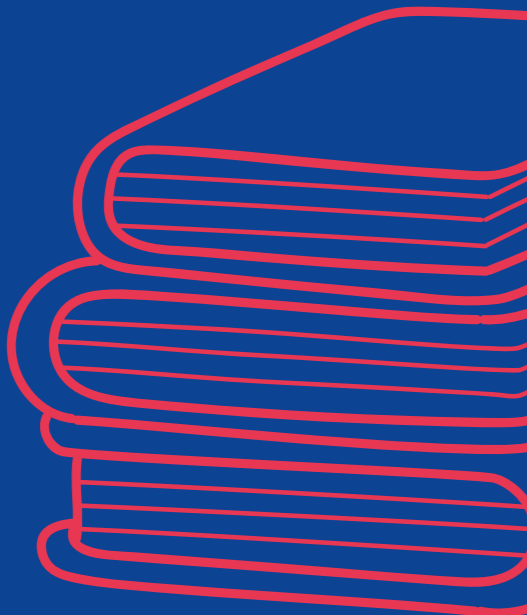
La originalidad, el esfuerzo creativo y la variedad son características comunes de las obras presentadas. El relato ganador del concurso fue *El hombre que se extravió en la lluvia*, de David Rodríguez Gómez. Una evocadora historia inspirada en una visita de Gabriel García Márquez al Eurostars Gran Hotel La Toja 5\*. Como reconocimiento, el autor recibió un premio de 3.000 euros. El Premio Especial del Público, consistente en una estancia para dos personas, recayó en Toni Claro por su relato *Inherencia*.

Para conmemorar el Día Internacional del Libro y la fiesta de Sant Jordi, editamos este e-book recopilatorio con los 8 relatos más destacados. Les invitamos a disfrutar de estas historias alojadas en hoteles.

Pronto anunciaremos la próxima edición.

# Índice

1. *El hombre que se extravió en la lluvia*, David Rodríguez Gómez
2. *Inherencia*, Toni Claro
3. *La última singladura*, Francisco Javier Yuste Córdoba
4. *Ante la consagración de la escritura*, María Belén Luengo García
5. *El cuerpo inanimado*, Joan Martínez Bosch
6. *El reloj*, Carlos Corral Mata
7. *La condena*, Joaquín Manuel Mondéjar Contreras
8. *El alma del hotel*, Juan Antonio Jiménez Jarana



# El hombre que se extravió en la lluvia

David Rodríguez Gómez  
**Primer Premio**

Muchos años después, condenado a cadena perpetua, Alexandre Bodía había de recordar aquella tarde remota en que Gabo encaminó sus pasos hacia la recepción. El Eurostars era entonces un hotel elevado entre las mágicas aguas de una isla en pleno corazón de las Rías Baixas, cuyo aliento atraía a turistas tan curiosos como si fueran a descubrir un vestigio de la era jurásica. Alexandre Bodía suspiró, maldijo su temblor de manos y dibujó una sonrisa para Gabo mientras pensaba que debido a su admiración por el escritor no podría hablar, que ni siquiera podría mencionar las cosas señalándolas con el dedo. Pero en este mundo el pensamiento no tenía encadenadas las acciones.

—Boas tardes, señor García Márquez, y bienvenido a nuestro hotel, donde podrá encontrar de todo — dijo Alexandre Bodía mientras dirigía su mirada hacia el cuenco de frutas que brotaba sobre la mesa de recepción — Incluso naranjas redondas como la tierra.

Gabo sonrió y se quitó la gabardina en silencio.

—Le hemos reservado la habitación con mejores vistas. Le va a gustar —continuó Alexandre Bodía antes de disculparse—. Hace unos días el sol era radiante, pero hoy, ya ve el cielo, amenaza lluvia.

—Tengo entendido que Galicia es una tierra mítica—contestó Gabo al tiempo que guiñaba un ojo al joven recepcionista—. Y en las tierras míticas nunca sale el sol.

Embriagado por el comentario de Gabo, Alexandre Bodía se confesó



fiel seguidor de su obra y loco de amor por Galicia y la lluvia. Gabo escuchaba sonriente al recepcionista mientras ideaba su plan.

—¿Y en qué está metido ahora, si no es indiscreción? — se atrevió a preguntar el recepcionista—. ¿Otro poema, una nueva novela o tal vez un artículo sobre esta región donde finaliza la tierra y comienza el mar?

Gabo encogió su sonrisa y, tras inclinarse sobre la mesa de recepción para ganar una distancia de confianza, le reveló que estaba ultimando un cuento.

—¡Un cuento!—exclamó Alexandre Bodía—. Me encantará leerlo cuando lo publique.

—No solo lo va a leer—susurró el escritor—, también lo va a protagonizar.

—¡Yo!

Gabo asintió con la cabeza.

—Empecé a escribir el relato en mi mente nada más entrar en este hotel.

—Mire—dijo Alexandre Bodía mientras se arremangaba la camisa—, se me están poniendo los pelos como escarpas. Creo que voy a desmayarme.

—No pierda el conocimiento. Aún tengo que contarle de qué trata.

—Dígame o me sentiré como aquel coronel que no tenía quien le escribiera.

Gabo volvió a sonreír mientras pensaba que Alexandre Bodía sería la víctima perfecta.

—Trata de un joven recepcionista condenado a cadena perpetua. Todavía no tengo claro el final. Pero si las vistas de mi habitación son tal y como pregona, estoy seguro de que las nubes lo resolverán.

Y Gabo se dirigió al ascensor dejando a Alexandre Bodía escribiendo las últimas notas del registro con los ojos húmedos de emoción.

Llovió toda la noche sin tregua. Incluso a la mañana siguiente las gotas seguían golpeando contra los cristales del restaurante del hotel donde Gabo, confortablemente sentado en una mesa, se escondía tras las hojas de un periódico para evitar que se le enfriara el desayuno mientras firmaba autógrafos. De repente su lectura fue interrumpida por una camarera.

—Perdone, señor, pero me han pedido que le entregue esta nota.

—Muy amable.

—¡Espero que le guste la bica!

—Está exquisita, pero me han servido un trozo demasiado grande.

—Ya sabe lo que dicen. Non hai pouco que non chegue nin moito que non se acabe—le espetó la camarera mientras se alejaba para atender a otros clientes.

Gabo fijó su mirada en el movimiento de la camarera antes de desdoblar la nota.

“Espero que las nubes le hayan revelado un final para su cuento. Alexandre Bodía”.

El recepcionista, que fantaseaba con el relato encantado de permanecer para la posteridad como uno de los hermanos Vicario en *“Crónica de una muerte anunciada”*, esperaba impaciente el acercamiento del escritor, que lo había ignorado por completo cuando pasó de camino al restaurante. La idea de protagonizar un escrito de García Márquez no le proporcionaba al recepcionista una pausa suficiente para pensar que en el cuento, al igual que en los pergaminos de Melquíades, podría esconderse su destino. Lo cierto es que Gabo tampoco se detuvo en la recepción cuando regresó del restaurante a su habitación. Ni se despidió unas horas más tarde cuando dejó el hotel en un coche rumbo a un nuevo destino. Al recepcionista el desplante le pareció de una magnitud oceánica y pasó el resto del día incómodo, como si se le hubiera metido arena en los zapatos, en un estado de angustia solo roto cuando llegó el cambio de turno.

—Alguien te dejó un paquete—le dijo su compañera.

Al abrir el sobre Alexandre Bodía leyó el título de los folios que sostenía entre sus manos: *“El hombre que se extravió en la lluvia”*. Como sabía que la habitación donde había sido escrito el relato no estaba ocupada, el recepcionista se refugió en ella para leerlo. El estilo de Gabo volvió a deslumbrarlo. Era la historia de un hombre que llevaba tres meses encerrado en la habitación del hotel sin permitir que nadie pasara. Incluso le dejaban las comidas a la puerta. Alexandre Bodía empezó a sentir el relato como un espejo y decidió atrincherarse en la habitación.

Un día amaneció con un viento fuerte, que llenaba de frases la historia y que arremetió para desatar una tormenta con una potencia casi ciclónica, digna de anunciar el fin del mundo. Entonces el hombre se vistió por primera vez después de cien días de desnudez, salió de la habitación con su uniforme de recepcionista y abandonó el hotel en dirección a la lluvia, consciente en ese preciso instante de que no escaparía jamás de este relato y que todo lo escrito en estas páginas era repetible hasta la eternidad, porque los seres condenados a cadena perpetua entre las líneas de un relato no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra.

# Inherencia

Toni Claro

**Premio Especial del Público**

02

Me desvanezco.

Siempre llega ese momento, donde todo se detiene, donde se hace el silencio y donde dejo caer los párpados para disfrutar de la nada, donde la soledad me embriaga y me adentra en unas horas inacabables y hasta cierto punto desesperantes.

Todo el día rodeada de gente, de luces, de flashes, de ropa, de maquillaje y de cámaras, que me persiguen sin dejar ni un hueco para mí, para mi yo, siempre perfecta y a punto para que cuando suene el clic, mi mirada, mi sonrisa y mi cuerpo, estén en sintonía para ser aprobados por todo el que me observa.

Mi vida ya hace tiempo que se ha convertido en un trajín continuo, de maletas, taxis, aviones y hoteles. Nunca lo he llevado bien, muchas horas sola, sin nadie que entienda mi soledad, el simple hecho de estar con personas afines a mi profesión, me hacen sentir viva, arrolladora y con ganas de que no se acabe nada de lo que esté sucediendo en ese instante.

Pero siempre llega ese momento, en que todo se apaga, y yo, en el hotel, veo pasar esas horas que siento como si me las arrancaran de lo más profundo de mi ser.

Llueve, estoy en Londres, sentada en la cafetería, observando con que delicadeza, la camarera, acaricia la taza y la cuchara para que esté todo perfecto, y que el café que me voy a tomar sea la mejor experiencia aromática, que haya experimentado jamás.

Tengo una premonición, me adelanto al clic de la cámara de un fotógrafo, le veo, le miro, y me doy cuenta de que hemos coincidido en algún otro hotel en el que me he hospedado... De él, es sabida la fama que tiene, de sacar el máximo partido de la naturalidad de las personas a las que fotografía.

Le sonrío, noto que su dedo se mueve lentamente antes de disparar, ese segundo mágico donde el aire queda aterido, y lo hace del todo condicional, para que la diferencia entre esta y cualquier otra foto, sea notoria y sublime.

Él espera, tengo la taza de café en la mano, la miro y me la acerco a los labios, aún enrojecidos por el carmín de la grabación de hoy, reposo en ellos la taza y noto fluir el café, vuelvo a sentir otro clic.

Giro lentamente mi mirada hacia él, asintiendo en señal de aprobación por lo que está haciendo, y me sonrío, sorprendiéndome por la naturalidad con que lo hace.

A partir de ese instante, empieza una conversación sin palabras; solo de gestos, miradas y movimientos acompasados, como si de un baile se tratara y del que no nos preocupa su duración; solo tenemos que disfrutarlo.

Me levanto y lentamente salgo de la cafetería, para adentrarme en el hall del hotel. El baile continúa, sigo caminando e impregno todos sus rincones con mi perfume.

Los profesionales del hotel quedan atónitos y son privilegiados espectadores del enigmático espectáculo que presencian, tan solo el clic de la cámara los pone en situación de lo que está sucediendo.

Ni tan siquiera los viajeros que llegan, o los que se van; todos ellos con sus equipajes, interrumpen la escena y levitan como si de objetos congelados se trataran.

Nunca me he sentido así.

El baile, finaliza al llegar a la puerta del ascensor, nos miramos, y simplemente me dice: "Hola", se me corta la respiración y no puedo más que devolverle la misma palabra con la que él ha puesto el punto final.

Seguida y pausadamente, me explica que momentos antes de verme, le invadía la sensación de inquietud, por no saber aún, a quién descubriría en sus próximas fotos.

El objetivo de su cámara siempre ha conseguido robar las miradas de cansancio, de alegría, de desilusión, de complicidad o de amor, de gente, a la que sólo se conoce por la información que proporcionan los medios de comunicación, y que por su profesión, de una forma u otra definen como famosos o mediáticos.

Continúa diciéndome que él, siempre está ahí, impertérrito en el hall de cualquier hotel esperando a captar esos segundos mágicos que



hacen que el personaje en cuestión parezca y sea otra persona, a los ojos de todos aquellos que lo idolatran.

Sentado en la cafetería del hotel, me ha visto y se ha preguntado si sólo con mis gestos, iba a ser capaz de proponer una buena historia para la nueva exposición que le han encargado. Son muchos años, mucho material gráfico expuesto y cada vez tiene que exprimirse y esforzarse más, para que la siguiente sea como las anteriores, cautivadora.

Me hace un visionado rápido como si de una película se tratara, y sin ningún retoque en las fotos, me parecen exquisitas, transmiten todo lo que soy, algo que me ha costado encontrar en otras imágenes que explican mi vida.

Acostumbrada a grandes escenarios, a espectaculares atrezos y sublimes decorados, había encontrado en los espacios que me ofrecía el hotel, el mejor fondo para mi yo, sin pretenderlo, sin quererlo, sin prepararlo; estaba ahí y no me había dado cuenta hasta que él, había captado toda mi esencia en esas imágenes.

Gracias a ellas, mi perspectiva y la sensación con la que convivía han cambiado, y estas horas en los hoteles han pasado a ser fiel complemento de mi otra vida, de la cual no quiero renunciar, y a la que mi yo, ha dotado de los elementos para crear una sólida inherencia; uno, el que me mimas, el que me cobija, rodeada de profesionales que no conocen mi yo, pero que siempre prestan su atención para hacerme sentir como en casa; y otro, al que tan solo con su mirada y su cámara,

es capaz de situarme en el mejor escenario del mundo, interpretando el papel más importante que jamás me hayan ofrecido; siendo el elixir que nos convierte, en nosotros.

# La última singladura

Francisco Javier Yuste Córdoba

# 03

Las líneas de texto destacaban nítidamente sobre el fondo blanco en la pantalla de su ordenador, mientras las contemplaba pensativo, presa de una profunda concentración. Finalmente, hizo un ademán, como si fuera a teclear algo más, pero se detuvo y miró en derredor suyo hasta que la vio. Estaba allí, recortada su silueta sobre la luminosidad que entraba a raudales en la habitación del hotel, observándole sonriente. Acomodándose en la silla, dejó a su mente volar de nuevo al pasado, entre las nubes de los recuerdos.

No dejaba de ser curioso que el acto final tuviera lugar aquí en Budapest, después de haber corrido aventuras sin cuento por todos los puntos cardinales, pero reconoció que era tan buen sitio como los demás y, por tanto, tendría su sitio como epílogo.

Rememorando aquellos viajes, con sus consecuentes peripecias acaecidas, no sabría decir cuál fue la aventura más excitante, la más arriesgada, la más sentida. Todas y cada una de ellas tenían un punto de cada cosa. A fin de cuentas, decían que uno de sus mayores atributos era el mezclar cuidadosamente los ingredientes para obtener una salsa perfecta, en su justa medida.

Paseando por la habitación, recopilaba todas las escalas de esa singladura, intentando encontrar su preferida, a fin de inundarse, empalagarse con su recuerdo. Pudiera ser aquel arriesgado vuelo sobre el cañón del Colorado sintiendo tan cerca, casi rozando, las escarpadas rocas teñidas de anaranjado por la alborada. ¿O más bien esa huida

navegando entre glaciares que se resquebrajaban, saboreando el inigualable sabor de la pura supervivencia? Incluso lo que pensaba que hasta ahora era el culmen; el cruce del angosto desfiladero del Siq para descubrir por primera vez la visión de Petra, le hacía dudar.

Vencido, dejó de elucubrar. Todos esos momentos eran únicos y no se desvanecerían entre las implacables brumas del tiempo. Estarían allí, guardados para siempre en el arcón de la inmortalidad, mientras existiese quien quisiera abrirlo y volver a sentirlos como propios.

Ella aguardaba expectante. Se miraron sonrientes; aún había tiempo. Salieron del hotel. Autobús 110, tranvía en dirección a la colina de Buda y tiempo después se encontraban en la cima, caminando bajo una arboleda que se empezaba a adornar por los colores del otoño, contemplando las espléndidas vistas de la ciudad desde las murallas.

No hablaron apenas, simplemente disfrutaban del momento, intentando alargar el tiempo todo lo posible. Finalmente, llegaron a las inmediaciones de la monumental iglesia de Matías, acercándose lentamente al Bastión de los pescadores.

Desde la imponente arquería, miraron embelesados el edificio del Parlamento, brillando bajo la luz matinal, reflejándose en el Danubio, que parecía arder bajo los rayos del sol que reverberaban entre sus aguas.

—Buen sitio para el final de la singladura—dijo ella.

Él asintió, abrió su ordenador portátil y, tras unos segundos de vacilación, empezó a escribir cuidadosamente. Al terminar, observó como ella se empezaba a desvanecer entre volutas doradas que se elevaban a las alturas en un rápido aleteo. Había emprendido su ascenso al Parnaso, donde residiría siempre joven e inmortal mientras hubiera alguien que sintiera y vibrara con sus aventuras y afanes.

—¡Hola! —sonó una voz a su espalda.

Se volvió y contempló a alguien que le miraba atentamente con interés y curiosidad.

—Perdona que te moleste. Es que te reconozco y no he podido evitar preguntarte para cuando vas a sacar la siguiente novela. Me gusta mucho esa saga.

—Pues precisamente me acabas de pillar cuando acababa de terminarla —dijo cerrando su ordenador—. Además, te cuento como primicia que será la última y estoy convencido de que la más emocionante de todas.

—¡Vaya, qué lástima! —respondió con aflicción—. Ella era uno de mis personajes favoritos. Pero supongo que habrá otras obras o sagas, ¿verdad?

—Bueno —dijo él—. La literatura puede llegar a ser tan ilimitada como universo que es en sí misma y, mientras haya imaginación y ganas,

siempre habrá infinitas historias que alumbrar, que crear, que disfrutar y sentir. Creo que lo siguiente que escribiré será...

Y se fueron charlando animadamente hacia la vera del Danubio.

# Ante la consagración de la escritura

María Belén Luengo García

La primera vez que visité Córdoba no tendría más de diez años. Mi padre debía realizar unas gestiones comerciales y nos alojamos en el Hotel Suizo. Mi madre nada más llegar, se sintió indispuesta, según ella debido al viaje, y guardó cama los cuatro días que duró la vista. Yo me tuve que quedar cuidándola durante todo ese tiempo por orden de mi padre, con lo que poco fue lo que pude ver de la ciudad. Ese no era el viaje que me habían prometido.

Me aburría mortalmente encerrado entre las cuatro paredes de la habitación, con lo que intentaba escaparme nada más se durmiera mi madre, recorriendo el fastuoso hotel de cabo a rabo.

La electricidad se había instalado hacía muy poco, y era uno de los grandes atractivos del hotel. Sin embargo, la iluminación dejaba mucho que desear, y aún más en las zonas comunes. Había un bar en la planta baja con entrada desde la calle y desde el hall, que solía estar muy concurrido a cualquier hora del día. Me llamó la atención una mesa al fondo del local donde todos los días a las seis se la reservaban a una tertulia; era la mesa más alejada del ventanal, y nadie podía verla desde la avenida. ¿A qué tenía que saber nadie lo que bebían o dejaban de beber los parroquianos?

Estos tertulianos eran cuatro, y jugaban al dominó con una copa de vino por delante y sin hablar mucho, sólo lo justo, dejando que los golpes de las fichas sobre el mármol y los sonidos al mezclarlas marcaran el ritmo de la tarde. Uno era un boticario, su pareja un pintor que respondía al nombre de Don Julio; la otra pareja la formaban un

# 04

bodeguero y un catedrático de instituto que miraba todo y a todos con ojos pequeños y escrutadores. Yo me escondía tras un enorme cortinón y los observaba sin ser visto, después de mis correrías por los cuartos del hotel. Al tercer día la partida acabó antes de tiempo, y el catedrático y el bodeguero se despidieron hasta el día siguiente. Obviamente, habían perdido.

—Oye, Julio, he visto tu último cuadro, el de la consagración de la copla. Interesante, muy interesante—le dijo el boticario.

El pintor no dijo nada, se quedó mirando la copa de vino y la apuró de un solo trago.

—Lo voy a presentar a la Exposición Nacional de Bellas Artes, si el que me lo encargó no lo reclama.

—¿Y por qué no te lo va reclamar?

—Porque ha sido la solicitud más extraña que he recibido en toda mi vida. De hecho, ni siquiera conozco a quien me lo encargó. Se presentó aquí hace casi un año, un día que me quedé sólo tras la partida, y se sentó en la misma silla donde tú estás ahora mismo. Me dijo “Usted no me conoce, ni falta que hace. Yo no soy una buena persona, y el único dinero honroso que he tenido en mi vida es el que me encontraba tirado en la calle. No hay ni uno solo de los mandamientos que no haya arrastrado por el fango. Pero una cosa le voy a decir: he amado y querido a una mujer como nadie haya querido jamás. La mejor, la más

hermosa, la más buena persona que haya podido existir, que ya no está en este mundo. Y quiero que usted la pinte y la inmortalice para siempre. Seguramente yo no podré ver su cuadro, a mí la parca también me sigue de cerca y mi tiempo se acaba, pero aquí le dejo un retrato y este dinero. No me cabe la menor duda que usted es un señor y dará buena cuenta de ello pintando el más bello lienzo, el que ella se merece. Ea, buena noche y salud”. Yo intenté decirle que no podía aceptarlo, pero una mirada suya me dio a entender que sería inútil. Y ahí me quedé yo con cara de haber visto una aparición y la obligación de hacer un cuadro. Por eso estoy retratado en el cuadro, y no como un Velázquez de provincias emulando al maestro, sino como el resto de personajes mirando al público y preguntándole a quien me lo encargó todos los interrogantes que se me iban planteando cuando lo realizaba. Pero ahí está, yo ya he cumplido.

Hizo una pausa y fumó ávidamente con gesto de gran señor.

— La semana pasada, una vez acabado, alguien me dijo que la conocía, y que sabía la historia de ella y de su amante, y se prestó a contármela con todo lujo de detalles. No sé si es cierto o se lo inventaba. Estuve dudando mucho tiempo, pero al final decidí no querer saber nada ¿Para qué? ¿Iba a cambiar en algo lo que yo ya había hecho? Estoy seguro que la realidad es mucho más banal que lo pintado. Pues entonces, dejémoslo estar.

El boticario le miraba de hito en hito, sin mover un músculo de la cara. Al rato de que el pintor acabase su relato, dijo:

—¡A-nda ya!

Y se rió de forma queda.

— Mira que te gastas imaginación en pegoletes, Julio, y por eso tienes tanto éxito, tío fullero. Gracias a Dios que mis fórmulas magistrales siempre son exactas. Bueno, me voy. Hasta mañana, malaje.

Y empezó a marchar con una sonrisa en los labios, dejando al pintor sólo mientras los camareros recogían las sillas y mesas del bar. Yo seguía tras la cortina, y le oí murmurar

-Pegos, pero ciertos....

He vuelto muchas veces a Córdoba, pero nunca conocí al pintor, y nunca le pude decir que yo, Felipe Trigo, a esa temprana edad decidí aquella noche que sería escritor, y que algún día pondría negro sobre blanco historias tan evocadoras como aquella que acababa de escuchar. Gracias, Maestro.

# El cuerpo inanimado

Joan Martínez Bosch

# 05

El primer día fuera de casa. Dos años después Charlotte viajó a Toulouse dónde alquiló un coche y condujo hasta Lautrec. Según le contó su madre el yayo Martínez estaba enterrado en el cementerio de ese pueblo de aires medievales. En su *belle époque* su abuelo viajó por gran parte de Italia y Francia, y aunque tuvo flirteos amorosos en cada país, acabó casándose con una Camps de Menorca, lo que significaba abandonar la libertad de saltar de un sitio a otro, para vivir en una isla desconectada del mundo exterior. Charlotte apenas recordaba a su yayo. Un hombre alto, atractivo que siempre sonreía. Un verano, cuando ella tenía seis años, se despidió, como hacía cada vez que viajaba por trabajo, y le dijo que le traería un regalo a la vuelta. Cada vez que salía se lo prometía y lo cumplía. Esa vez, pero, no regresó. Una noche su madre entró en su habitación y le dijo sollozando que el abuelo había fallecido en un accidente. En algún lugar entre Albi y Carcasona. Buscó esos lugares en el atlas y dibujó un círculo, en la nada. Ahí estaba el yayo Martínez.

La gente viaja por placer o por trabajo o para revivir recuerdos. Cuarenta y seis años después entró en el mismo hotel en el que se hospedó Rafael Martínez. Con el tiempo, los nuevos propietarios, optaron por una decoración más rural. Las paredes de forro de papel dejaron paso a las paredes de piedra vista. El alma del viejo edificio de la rue de la Caussade resurgió tras una reforma de dos años. La propietaria les contó algunas historias y anécdotas de la transformación. Su inglés era básico, pero suficiente. “¿Estás de paso?”, le preguntó. “En realidad, siempre estoy de paso. Mañana visitaré la tumba de mi abuelo. ¿Sabes que murió en un accidente en Lautrec y que la noche anterior se alojó



en este hotel?”

La mujer pareció sorprendida.

Todas las casas tienen historias. Algunas se desvanecen cuando sus propietarios fallecen. Es el alma que se esconde en las paredes, pero un hotel, es un lugar de paso. Imagina que cada uno deje aquí un pedazo de su vida. Cuarenta años atrás. Toda una vida. Entre viñedos y campos de ajo rosado.

Cenó temprano en un patio interior en *La Ferme Dans l'Assiette*. Cuando tuvo la sopa de ajo ante su nariz entendió que eso era algo muy personal de la zona. Llamó a su madre y le dijo que estaba de ruta por el Tarn. En dos días visitaría el museo de Toulouse-Lautrec en Albi. De pequeña había hojeado más de mil veces los libros de pintura impresionista que tenían en casa. Los dibujos de Toulouse tenían un toque de distorsión diferente, sus personajes se envolvían en fiestas sin fin. Un trazo ágil, indolente, lleno de personalidad. Sus preferidos eran Van Gogh y la revisión paisajista de Torrent en Menorca.

Sentada en el patio interior del restaurante observaba las parejas que llegaban. Las puertas y ventanas azules, y por fin el *plat du jour*, “aïoli de Moure à l’ail rose de Lautrec”. Este pueblo no era lugar para vampiros, pensó. En ese momento entró por la puerta la joven que trabajaba en la recepción de La Ferme. Se acercó a ella y la saludó.

“Charlotte?”

“Sí, soy yo”.

“Me llamo Giselle, soy la hija de Francine, la propietaria. Cuando he oído que eras la nieta de Rafael, el señor que falleció en el accidente cerca del Moulin me he acordado que tenía una copia de la noticia”.

Sacó un papel plegado del bolsillo de sus jeans y se lo dio.

“Me parece que Rafael no viajó de Toulouse aquí por casualidad”. Mientras hablaba con Charlotte observaba su tez blanquecina que contrastaba con el color negro de su cabello. Cuarenta y seis años después seguía teniendo esa imagen de mujer joven sin una edad concreta a la que aferrarse. Algunos novios y una novia. Una pasión desenfrenada por el arte que transmitía en cada clase que impartía en un instituto. De los cuarenta alumnos, sólo tres escuchaban. Cinco anotaban todo, y el resto vivía en los mundos de yupi, si es que esos mundos existían. Y ahora, cuando estaba enfrascada con un menú de aïl rosé, una chica, Gisèle, le contaba que su abuelo no se dejó caer por Lautrec por casualidad.

“Mi abuelo Henry era su hermano”.

La mirada gris de Charlotte dejó el aïl y se posó en los ojos grises de Gisèle.

“La mayoría de los republicanos que se exiliaron pasaron por esta zona, aunque pocos quedaron en Lautrec. Mi abuelo fue soldado y no

podía quedar en España. Muchos años después conoció a mi abuela y mantuvo el contacto con su gente a través de Rafael. Después del accidente todo cambió”.

Desplegó el papel y leyó la noticia del accidente. Parece que un camión de los muchos que hacen la ruta de la maderera perdió el control bajando una cuesta y chocó con el Citroën que conducía un español de nombre Rafael Martínez.

Durmió en el hotel con los ojos puestos en el techo. Pensando. Imaginando como sería la vida de un hombre que escondió a su familia la naturaleza de parte de sus viajes. Comerciante de curtidos y pieles que escondía mensajes de un hermano en la distancia.

A la mañana siguiente desayunó en el hotel. En una habitación muy cuca con detalles florales y fotografías antiguas del pueblo. La atendió la madre de Gisèle. Le contó lo poco que sabía de la historia de su padre y de su tío. No hablaban de su pasado, solo del futuro y de cuando pudieran regresar juntos a su pueblo. Así eran, nómadas, hasta cierto modo.

El cementerio era pequeño, pegado al pueblo y al camino que lleva a Graulhet. “Aquí jeu en Rafel Martínez” leyó en catalán. Cuarenta años atrás se despidió de ella y la prometió un regalo. Puede que descubrir el pasado fuera parte de ese regalo.

# El reloj

Carlos Corral Mata

# 06

Maldita hora en que la que me contrataron para mantener aquel hotel, cerrado sin huéspedes, durante los meses de la temporada baja: debería revisar las instalaciones, tener el reloj de la recepción en hora (esto me insistieron que era muy importante) y comprobar que todo estuviera preparado para la reapertura. El hotel estaba en un pueblo pequeño, con pocas habitaciones, y la idea de ser un hotel de esos que llaman con encanto. De todas ellas, a mí me gustaba la única de la planta baja, en el lado opuesto a la entrada del hotel, al final del pasillo: tenía un balcón doble que mostraba las modestas montañas del pueblo, una cama grande y frente a ella un espejo que la reflejaba.

Al acabar mi jornada de trabajo (siempre, a las cinco de la tarde), después de cerrar las puertas y comprobar que el reloj de la recepción seguía estando en hora, iba a esa habitación, me sentaba frente a las ventanas del balcón y miraba el sol ocultarse detrás de las montañas, mientras mi sombra se alargaba por los muebles. El sol caía poco a poco, como dudando si dejar o no la habitación sin su luz.

Ya en la noche, cerraba las ventanas, encendía la luz de la habitación y me tumbaba en la cama, imaginándome alojado en el hotel como un huésped que descansaba después de una jornada de turismo. Antes de que el sueño me atrapara, cogía de la mesilla el reloj (uno de esos silenciosos con manecillas) para ponerlo en hora (a las ocho de la mañana, como siempre) y me dormía, dueño del hotel.

Ahora en la distancia, no recuerdo que aquella noche empezará de forma distinta a las anteriores, tan placenteras: cerré las puertas,

comprobé que el reloj de la recepción marcaba las cinco de la tarde y fui a la habitación recorriendo el pasillo. Sentado frente al balcón, seguí el ocaso del sol, vi mi sombra alargándose y cuando la habitación quedó a oscuras, encendí la luz, pero al ir a coger el reloj se me escapó cayendo debajo de la cama. Me agaché a buscarlo pero no lo pude encontrar.

Al cabo del rato, empezó a sonar un tic-tac desde allí abajo: se oía alto, recorriendo la habitación y acabando con los silencios escondidos en los muebles. Poco a poco fue creciendo. No conseguí dormirme y cansado de esperar al sueño, intenté buscar de nuevo el reloj, metiéndome debajo de la cama. Tras varios intentos, lo encontré escondido en un rincón.

Al sacarlo a la luz, vi que sus manecillas estaban paradas a las cinco, pero el tic-tac seguía creciendo, martilleando con más fuerza mis oídos. Lo agité varias veces para intentar apagarlo, sin ningún resultado, incluso aumentaba su volumen. Al final desesperado, lo dejé de nuevo en la mesilla y me levanté para buscar alguna herramienta con la que pudiera callarlo.

No me di cuenta en el primer momento, solo al pasar frente al espejo pude ver que mi sombra no me seguía, sino que, separada de mí, se quedaba esperando acostada en la cama. No me volví y sigilosamente me acerque a la llave de la luz para apagarla y volver a encenderla. Nada cambió. Repetí varias veces la misma maniobra pero en cada una de ellas, la volvía a ver allí, separada de mí, sin seguir mis movimientos.

Dejé de mirarla y en el espejo vi mi cara estaba desencajada con los ojos que me miraban fijamente, como intentando confirmar lo que me estaba pasando.

Tras un tiempo mirándome, empecé a no reconocermme. Mi reflejo se empezó a alejar y le veía como se iba hundiendo en espirales de círculos cada vez más pequeños que penetraban profundamente en la oscuridad del otro lado. Le vi caminando por baldosas inestables, cruzándose con ojos vacíos, con puños que intentaban golpearle, con bocas que se reían de su peregrinaje. Por fin, llegó a una habitación igual que la de mi lado pero que tenía el techo abierto dejando pasar una luz resplandeciente que tapizaba su cara. Tampoco allí tenía sombra a su lado.

El tic-tac, ahora ya atronador, me hizo dejar de mirar el espejo y enfrentarme a ella, a mi sombra oscura y desafiante. Intenté salir de la habitación, pero la puerta estaba bloqueada. Oí al otro lado un sonido que me amenazaba, como el aleteo de miles de murciélagos que intentaban ahogarme. Desesperado, me tapé los oídos y caí al suelo. Sentí como ella se acercaba y se plantaba frente a mí, inclemente. Se movía sigilosa, sabiendo que me tenía atrapado, sin ninguna escapatoria posible. A medida que se acercaba, su manto oscuro me fue envolviendo. Yo empecé a gritar, como nunca lo había hecho pero mi voz también fue sepultada por aquella luz negra.

Ella continuó acercándose y entonces cerré los ojos. Estaba a su merced. La habitación quedó sumergida en tinieblas, como en el

de un cementerio a medianoche. Se había consumado la condena y todo había quedado sepultado por la oscuridad. Aguanté un tiempo (no sé cuánto, me pareció eterno) antes de abrir los ojos de nuevo y enfrentarme al inevitable desenlace. Por fin, los abrí, poco a poco, y pude ver la habitación iluminada de nuevo (sin rastro de ella) y a mí mismo reflejado en el espejo, sentado en el suelo frente a la puerta, ahora abierta, con la cabeza entre las manos. El tic-tac se oía fuera de la habitación como si se lo hubiera llevado al abandonarla.

Salí corriendo por el pasillo hacia la recepción y al llegar vi el reloj de la pared detenido en las cinco y oí de nuevo cercano el tic-tac amenazante. Ella me estaba esperando allí para prolongar su juego macabro. Pude arrancarle las llaves de la puerta del hotel y corrí hacia la salida, golpeándome con los muebles. Gané una pequeña ventaja y ya casi cuando ella me alcanzaba pude abrir aquella puerta, la de mi salvación. Huí, gritando enloquecido, lejos, muy lejos de allí.

# La condena

Joaquín Manuel Mondéjar Contreras

Cada noche caía en ese sueño que me perseguía como una sombra. Me veía en la habitación del hotel tumbado en el suelo, parpadeaba y contemplaba el techo blanco alejándose, lentamente. Escuchaba con eco en la televisión:

Y después despertaba. Cada día era igual. Se repetía una y otra vez, en bucle. No sé que me ocurría, pero desde hacía un tiempo no me apetecía salir de la habitación del hotel donde me hospedaba. Salía al balcón y contemplaba el exterior donde vislumbraba el horizonte anaranjado de Madrid cruzando toda la Castellana, pero había algo en la ciudad y en la gente que me resultaba raro.

Algunos edificios habían cambiado y la gente vestía de otra forma. Una estampa gris me nublaba la vista seguido de una extraña sensación que me golpeaba, como si una voz me susurrara que ese mundo no me pertenecía. Y una angustia que fluía por mi garganta como un río de lava me hacía retroceder de vuelta a la habitación. Era raro porque desde hacía unos días no tenía hambre ni sed y llevaba tiempo sin ver a nadie del servicio de limpieza entrar. Me limitaba a quedarme tumbado en la cama y dar vueltas por la habitación, absorto en mis pensamientos. Ni siquiera tenía sueño, solo dormía por pasar el tiempo. A veces escuchaba como unos golpes en la pared que procedían de las habitaciones contiguas, pero no les daba importancia. Hasta que una noche lo comprendí todo.

Aquella noche, de madrugada, mientras dormía escuché unas voces en el pasillo. Me levanté y me acerqué a la puerta y escuché la

conversación que mantenían un grupo de personas al otro lado.

De pronto noté como pasaron la tarjeta y la puerta se abrió. Retrocedí sobre mis pasos, confuso. Asustado y temiendo por mi vida me escondí bajo la cama. Vi entrar a unas cinco personas y comenzaron a caminar por la habitación a oscuras. Me pregunté que hacía esa gente en mi habitación, no sé qué querían y tampoco como habían conseguido entrar.

—Así que esta es la famosa habitación 214. Tenía ganas de conocerla —dijo una voz masculina.

—Sí, aquí fue donde pasó.

—Tú conoces toda la historia, ¿no?

En ese momento decidí salir de debajo de la cama.

—¿Quiénes sois? —exclamé, alterado—. ¿Qué estáis haciendo en mi habitación?

Se hizo un largo silencio y uno de ellos dijo

—¿Habéis escuchado algo?

Los demás dijeron no haber escuchado nada y yo empecé a experimentar una sensación perturbadora.

—Así que aquí murió Marcos Sáez la noche del 1 de enero de 1999, ¿no?

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo dejándome paralizado. Eso no era posible. Marcos Sáez soy yo, y estaba vivo...o eso creía.

—Poco después —continuó—, una pareja se hospedó aquí una noche y salieron despavoridos cuando escucharon una voz y una figura fantasmal. Después el hotel decidió cerrar esta habitación. Se cree que el espíritu de ese hombre sigue vagando por aquí.

En ese momento me di cuenta de lo que pasaba. Llevaba atrapado en esa habitación veintitrés años, es una especie de limbo, sin saber que estaba muerto. Condenado y encerrado.

La mayor condena para una persona es sentirse invisible.

# El alma del hotel

Juan Antonio Jiménez Jarana

08

Cuando admiramos las estatuas que adornan los museos y los parques, ¿alguna vez nos percatamos de la vida en su mirada? Solamente vemos a gente de mármol; frías y exánimes; hechas para ser observadas todo el tiempo.

Sin embargo, hubo una vez una estatua que se cansó de ser un simple objeto sin ningún otro propósito que ser contemplado. Las otras figuras que adornaban los pasillos del hotel y el lobby se complacían con no hacer nada y ser alabadas por su belleza pero había una que no. Esta curiosa estatua quería moverse, explorar y descubrir y sentir y vivir. Tras muchos siglos de impaciencia, se cansó de tanta monotonía, de día tras día de observar a los clientes y anhelar una vida como la suya. Ansioso por cumplir su sueño, le rogó al Sol, que marcaba los días e iluminaba los amaneceres, que le concediese un rato de vida como humano, para así poder explorar su casa, un hotel que había visto cambiar y evolucionar con ojos soñadores, pero que nunca había explorado. Iluminado por la luz de un ventanal en el intrincado techo del hotel California, dijo:

—Señor Sol, le pido esto desde el fondo de mi corazón, que, aunque sea de piedra, desea ser liberado de esta existencia sin emoción. Me haría mucha ilusión poder descubrir el mundo...aunque fuera sólo un día.

El Sol, al oír la ilusión en la voz de la estatua, le concedió su deseo, pero sólo le dio veinticuatro horas. Cuando saliera el sol al día siguiente, se volvería a convertir en estatua en el sitio en el que se encontrase.



La estatua se quedó satisfecha con eso y, en cuanto sintió la sangre corriendo por sus venas y escuchó el latido de su corazón por primera vez, lloró de alegría. Le dio gracias al Sol por su magnánimo regalo y emprendió su camino por los pasillos del hotel, que a esas alturas del año, estaban rebosantes de reservas y despedidas; de gente llendo y viniendo, algo que la estatua nunca había podido hacer. Sus ligeras pisadas sobre el suelo de mármol hacían ecos que subían por las paredes y, la gente, al ver andar a un hombre atractivo que no iba cubierto con nada más que una túnica blanca, se le quedaban mirando extrañadas, pero la estatua simplemente sonreía y saludaba a todo aquel que se cruzaba en su camino.

Durante todo el día estuvo aprovechando el tiempo con el que le habían obsequiado; probó todo tipo de comidas, y luego experimentó lo que es un dolor de estómago. Un rato después, iba paseando por los frondosos jardines del hotel, y su piel se estremecía de frío.

—¡No sabía que una estación tan bonita podría ser tan fría!— exclamó, y, tras observar a la gente que iba caminando al lado suyo, vestidos con abrigos, bufandas y guantes, decidió conseguirse algo para él. Porque si no, se le acabarían demasiado rápido sus veinticuatro horas; y no por la salida del sol. Buscó un vestuario de botones, y se probó un par de uniformes, admirándose en el espejo. Satisfecho, salió a la recepción y una mujer con su mismo atuendo rojo le ordenó que acudiera a ayudar a una huésped con su equipaje. Salió a la calle y entonces la vio salir del taxi.

Desde el momento en que se encontraron sus ojos, la estatua comenzó a sentir un extraño sentimiento en su interior. Era semejante a un cosquilleo mezclado con latidos alarmantemente rápidos de su corazón. ¿Así se sentirá morir?, pensó, pero lo que no sabía es que esa extraordinaria sensación era el amor.

La chica se sonrojó al ver la intensa mirada de aquel chico, le entregó su pequeña maleta y juntos dieron un tour del hotel, que tenía incontables historias que contar, y la estatua se las sabía todas. Se llamaba Susana, y fue la primera persona con la que había interactuado la estatua de verdad. ¡Qué sentimiento más maravilloso! Le daba una inmensa tristeza el pensar que no duraría más que unas cuantas horas. Pese a solo haberse conocido poco tiempo, la estatua nunca había sentido nada semejante a aquello que sentía cuando estaba con Susana.

Pero desgraciadamente, nada en esta vida dura para siempre y ya pronto llegaría el amanecer. Otro día más en el hotel, con gente que estaban alojados en el mismo sitio pero separados por sus problemas y vidas individuales. La estatua se vio obligada a despedirse de la chica, y entre lágrimas le dijo lo que le decía su corazón:

—Susana, no tengo mucha experiencia con este extraño sentimiento, hermoso y desgarrador a la vez, pero no sé cómo podré seguir existiendo sin ti. Ven a visitarme. Por favor. Con suerte, algún día nos encontraremos otra vez.-

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Por qué nos tenemos que separar? ¿Estás

casado?- preguntó asustada.

—Es complicado. Pero no. Es mucho peor que eso.

Y con esas últimas palabras, el sol fue saliendo pausadamente, asomándose tímidamente en el horizonte, como si le quisiera conceder unos segundos más de vida a la estatua; y mientras se iba elevando, la estatua se iba convirtiendo poco a poco a mármol. Sus manos se tornaban frías, su rostro congelado, su mirada apesadumbrada y sus lágrimas pequeñas bolitas blancas. Era hermoso. Hermoso pero increíblemente doloroso de ver.

Al día siguiente, la gente se quedó confundida por la estatua que había aparecido repentinamente en el jardín. Algunos le reconocieron, pero inmediatamente descartaron el pensamiento, pues era demasiado imposible y descabellado. Sin embargo, de vez en cuando Susana venía a visitar a la estatua. Le hablaba, reía con él y a veces hasta lloraba, lamentando su suerte entre sollozos que el resto de la gente contemplaban aturridos.

Pese a la erosión que sufrió la estatua con el paso del tiempo, nadie se olvidaba nunca del extraño destello de vida que asomaba en la mirada de aquella estatua destrozada que lloraba arrodillado en el corazón del hotel California.

EUROSTARS  
HOTEL COMPANY